

LA VERANADA DEL CHACHAI CALFUCURÁ

Daila A. Prado

UniRío Editora

Título: La veranada del chachai Calfucurá

Autor: Omar Lobos

Editorial: Colihue, Serie La Serpiente Emplumada, abril de 2011

ISBN: 978-950-563-354-8

RESUMEN: Historia ficcionalizada que comienza con el arribo de Juan Calfucurá al territorio argentino, y continúa en los años posteriores, cuando el cacique cimenta su liderazgo en Salinas Grandes. Muere Calfucurá y lo sucede Manuel Namuncurá. Las cartas de ambos incluidas en el libro muestran la compleja trama política y económica del país en vísperas de la campaña liderada por Julio Argentino Roca. La novela despliega una mirada no etnocéntrica, poco habitual en los textos relatados desde la ficción con anclaje histórico y fuerte trabajo investigativo.

Palabras claves: Calfucurá - Salinas Grandes - Namuncurá - Cartas - Carhué - Pincén - Catriel.

Una mulita. Poca cosa, o muy importante, según se mire. Nada de bestias mitológicas revestidas de distinción y elegancia. Una mula bermeja y humilde como los medanales de la pampa. Mulita real, simbólica, paradójica, metafórica, anticipatoria: cualquiera de estos términos cabe al animal memorioso -pero predestinado- que recorre las dos primeras páginas de la novela.

El duro trajín de la mulita, su periplo por un territorio hostil como pocos, es también el esfuerzo que por siglos patentizaron los pueblos originarios poblando el suelo y haciendo patria. Las patas cortitas de la bestia –"[...] quizá iba vieja o enferma o las dos cosas juntas"– no pueden eludir el trágico tropezón, el artero acantilado.

Y si el viento del olvido barrió huellas, rastrilladas y osamentas, dejó sin embargo un rescoldo que pervive y se afianza año tras año, luna tras luna: la memoria.

POSIBLES CLAVES DE LECTURA

Precisamente y sin ánimo de clausurar múltiples miradas que el texto alienta, señalo a la memoria como una de esas claves en las que se puede leer *La veranada del chachai Calfucurá*.

El narrador explicita su intención acerca de rescatar, iluminar, descubrir o redescubrir el linaje Curá y sus integrantes. Incluso los términos antedichos, descubrir, redescubrir, cobran en la novela el sentido contrario al que es costumbre en los textos de la historia que escribieron los vencedores. Los vencedores no se hacen cargo de sus víctimas: por el contrario, para afianzar la conquista e imponer el modelo triunfante deben marginar y hasta intentar la invisibilización de los vencidos.

El descubrimiento que propone Omar Lobos tiene que ver con la vida, no con la negación. Tiene que ver con el intento de comprensión de una época plural, cruzada por toda clase de tensiones, conflictos, guerras. El narrador no está interesado en idealizar a los mapuches ni en demonizar a los blancos; está interesado en ubicar unas cuantas piezas más en el rompecabezas argentino de mediados de siglo XIX. Rompecabezas que ha sido escamoteado, unas veces, y falseado, otras tantas.

HISTORIA, FICCIÓN, POESÍA

Otra clave factible para la lectura de *La veranada* es el entretendido –poco habitual– entre distintos registros que integran el texto en un pie de igualdad: historia-ficción-poesía.

La historia es una construcción del presente, siempre actualizada en cada nuevo intento, y la novedad que aporta Omar Lobos es bienvenida porque participa de poderosos anclajes historiográficos y de una atrapante estructura narrativa. Así, el rigor histórico está basado en abundante documentación (nos permite imaginar al investigador descifrando durante días y meses la trabajosa

caligrafía de cartas y circulares) y bibliografía, en tanto que la compleja estructura narrativa incluye gran cantidad de personajes que el narrador maneja con pericia. Hay más: aunque Lobos no se reconoce poeta, podemos rastrear esa condición suya a lo largo de las más de doscientas páginas de la novela ("*[...] siempre es negra la noche de la pena, y áspero el camino por el que se desboca*"). En esta original mixtura de registros se basa uno de los logros de la novela. Y en el equilibrio que brindan la sugestión de la literatura -eco misterioso que se esparce y multiplica- con el árido -pero revelador- lenguaje de las cartas reales y verdaderas con que Calfucurá se comunicaba.

TIEMPOS VIOLENTOS

Omar Lobos, nacido en Winifreda, provincia de La Pampa, da vida a un narrador que sabe bien de qué habla cuando describe: "*[...] esos temporales de la pampa, cuando se emperrea en no parar de llover*". En ese mundo líquido el cacique recién llegado desde Chile envía carta -lenguaraz mediante- a Juan Manuel de Rosas, adornando las circunstancias de su espectacular arribo a Masallé. Calfucurá ha entrado a sangre y fuego en el complejo panorama nacional de mediados de siglo XIX. Ha llegado para quedarse. Y ha plantado la violencia como mojón fundacional, confirmando lo que diría muchos años después Jacques Derridá en el sentido de que toda fundación de estados/naciones es violenta, porque inaugura leyes avasallando las anteriores. De más está decir que el estado/nación argentino se construye también a partir de la violencia, ejercida en oportunidades no desde la igualdad que plantean los contendientes de una guerra, sino desde la exclusión o exterminio de pueblos enteros que no constituían amenaza alguna (¿qué otro panorama fue el preliminar de la "conquista del desierto", más que tribus aborígenes ya doblegadas?).

Y si hay un fresco de la violencia -si hubiera- el narrador encarnado por Omar Lobos nos lo muestra. Su descripción de un malón descubre la tela blanca que muestra escenas espantosas para ambos bandos. Blancos e indios sufren en toda la extensión del término las consecuencias de esa lucha que sostienen desde hace años, y que se corporiza en un momento único, inigualable por su furor y desatino. ¿Cuál es la diferencia o distancia que, al respecto, plantea *La*

veranada del chachai Calcuturá con otras obras literarias? Sí hay una diferencia, notable, notoria: estriba en que el malón está contado desde la orilla india y no desde la orilla blanca. Y si una de las aspiraciones de toda obra literaria es la de inaugurar nuevas perspectivas y/o poner en cuestión otras que parecían inamovibles, esta obra cumple con creces: provoca extrañeza, en principio, y luego propicia una mirada transgresora.

Los mapuches que ofician de personajes en la novela no arriban a la misma con el malón; su vida está trazada desde antes, a grandes pero incisivos trazos, y los vemos temer, enamorarse, confiar, hacer alianzas, romperlas, imaginar un futuro mejor, elevar plegarias, en fin, todo lo que los seres humanos vienen haciendo desde el inicio de los tiempos. Incrustado en ese transcurrir de vidas azarosas irrumpe el malón, como emergente de una resistencia que los mapuches consideran absolutamente justa, del mismo modo en que paisanos y gauchos habitantes de la frontera consideran la suya.

En el imaginario fresco está inscripta –con sangre, por supuesto– la cifra que contiene y resume nuestra historia nacional: la lucha por la tierra, o lo que es lo mismo, la lucha por el poder. Tal vez pueda el lector/a de la novela, si acaso gusta, reflexionar acerca de la contemporaneidad de esa lucha, a la luz de acontecimientos cercanos que reactivan su vigencia.

EL CHACHAI

La figura de Calcuturá incomoda. Más quizá que los ranqueles, incomoda. Más que los diaguitas, que los onas, que tantos otros. Juan Calcuturá es demasiado. Demasiado inteligente, demasiado valeroso y audaz, por demás guerrero, por demás cruel, demasiado viejo, demasiado jefe, demasiado amigo o enemigo... Ha de ser por eso que pocos se lanzan a la aventura de escribir -novelar- sobre él. Es un guante arrojado entre koironales. Un hiato que mal respira en nuestro pasado.

¿Cómo es visto y reflejado el gran jefe -su pueblo- en la novela? El narrador sostiene sin pausa y sin resquicios una mirada respetuosa y convencida de la no inferioridad de la etnia mapuche. Vertebrado el texto la certeza de que los Curá (también los ranqueles y los mapuches en su conjunto) estaban humanamente a la altura de cualquier otra etnia o raza. Esa verdad atraviesa tanto al

investigador como al narrador, que elige un lenguaje altamente sugestivo antes que uno centrado en la enunciación. *"Rompé la malla de la vida, sentí el bullicio tremendo de la sangre, Temuncurá"*, piensa y siente uno de los jóvenes hijos del cacique Calfucurá en el umbral de los trances que la vida le presenta. El temible chachai, cuando despide a ese hijo que va por primera vez a la guerra, dice: *"[...] cuidate hijo, que a pesar de ser yo un padre que tiene muchos hijos, hay en mi corazón amor y dolor de sobra para cada uno de ellos"*. Es el mismo jefe al que no le tiembla la mano para escribir -dictar- misiva a Hornos, después de un malón que dejó muertos de ambos bandos, pueblos incendiados y pavor en la frontera: *"[...] olvidaré todo y trataremos de arreglarnos, pues los que murieron murieron. Y ahora vamos a hacer unas buenas paces para siempre. Las haciendas que hemos traído las echarán en olvido..."* (Calfucurá proponía un ejercicio de desmemoria no fácil: las haciendas que habían llevado en esa oportunidad eran más de ochenta mil).

Juan Calfucurá, hipnótico líder que supo conservar el poder durante más de cuatro décadas, el que voceaba a los cuatro vientos de la pampa que su poder provenía de una piedra azul encontrada en la cordillera, el estratega con dotes que igualaban a las de cumplidos generales, es capaz de decir, en la novela, que conoce el mar *"[...] de las dos orillas, conozco el mar de Chile que rumbea para el lado donde entra el sol y también conozco el mar de acá. Una vuelta anduvimos por Claromecó con las mujeres y los muchachos chicos que se querían ir a bañar"*. ¡El emperador de la pampa accediendo a los deseos -caprichos, por qué no- de las mujeres y los chicos que querían bañarse en el mar! Cualquier padre de familia en nuestra actualidad puede expresar, o haber expresado, una frase como ésta, de una domesticidad apabullante, de una simpleza que deja explícita la convicción de que los sentimientos centrados en una estructura familiar son los mismos, fueron los mismos, más allá de que se tratara de actores blancos, mestizos o indios (el aserto no es poca cosa, si se piensa en la cantidad de páginas de nuestra literatura que muestran pueblos originarios distorsionados, ya sea por la piadosa mirada paternalista o directamente por la falsedad manifiesta que les atribuye defectos y aun taras de toda índole.)

Calfucurá está muy presente en la novela y cumple con creces su rol de protagonista principal; sin embargo, también en un punto la pericia del narrador

logra ensamblarlo, en un pie de igualdad, con los demás Curá, y aun con los demás pueblos originarios que compartieron la época y la lucha. Juan Calfucurá es único pero también puede mimetizarse para encarnar la resistencia y el derecho a vivir en paz de mujeres salineras, de viejos, de muchachos. El chachai es quien truena y ruge y logra que todos retrocedan ante su soberana prestancia, pero es también la voz conmovedora de un chasque que, pensando en su pequeño hijo, devora leguas para llevar un mensaje. Son (fueron) una comunidad. Solidaria, sufrida, luchadora, predadora, creyente: nada que no pueda atribuirse a cualquier comunidad del mundo. Y si se vislumbra una desemejanza, será tal vez el sentido de la individualidad, mucho menos presente en los pueblos mapuches, en aras de considerar primero el bienestar del colectivo. Y si se buscara otra diferencia, podría hablarse del sentido de propiedad: para los mapuches la tierra no tenía dueño, ellos eran -no tenían- la tierra. Eran.

Alejándose apenas del centro irradiante de Juan Calfucurá, el narrador construye, entre otras, una voz íntima, asordinada y a la vez potente: la de la mujer vieja o principal del ranquel Painé. La sordina resulta inevitable en ese mundo regido y dominado por hombres; la fuerza emana del incuestionable papel de la figura femenina como sostén de un entramado social y familiarmente vigoroso. La cacica da vida a una persona y también a toda una comunidad: los enigmas de la existencia humana encarnan en los pasos tambaleantes de esa anciana que, en las tolderías, ha vivido intensamente las alegrías y desgarros de una esposa, madre, abuela. Ella no tiene diferencia alguna con sus pares de la "civilización blanca". Ninguna de las mujeres, de un lado u otro de la frontera, dormían tranquilas mientras sus hijos -maridos- faltaban del hogar. Ninguna de ellas dejaba de procurar el atadito de leña que sería calor real y también simbólico. A la vez, el rumbo que pierde la cacica en su travesía entre los dos mundos puede ser leído, entre otras alternativas, como el errático y a veces equivocado rumbo que inclinaba a los pueblos originarios a aliarse o a plantar pelea con los distintos gobiernos, nacionales o provinciales.

LENGUAJE

Atinadamente, el escritor Oche Califa indica, desde la contratapa del libro, una cualidad de Lobos: la de -obligado- lenguaraz. Todos/as quienes se dedican a escribir sobre los pueblos originarios se enfrentan al dilema de qué lenguaje emplear para hablar de ellos, que tenían una lengua diferente, y por si fuera poco, basada en la oralidad. El lenguaje -nuestro paradigma cultural- vacila ante tamaña empresa. La matriz cognitiva se tambalea ante la posibilidad de que finalmente estemos envolviendo, antes que iluminar o resaltar.

El fotógrafo Marcos Zimmermann expresó así la disyuntiva, en una entrevista reciente:

"Estuve frente a ellos más de una vez, escrutando sus gestos a través del visor de mi cámara. Los vi dispuestos, fieros y hasta rendidos, mirándome desde un tiempo anterior a nuestra patria. Muchas veces me asaltó la convicción de que, al fotografiarlos, podía llamar la atención acerca de sus valores o, al menos, dar noticias de su existencia. Otras, sentí que mis fotografías contribuían a su despojo".¹

Zimmerman no se refería a los Curá sino a otra etnia aborigen, pero quitando lo específico -y hasta rotundo- del acto planteado por la fotografía, su prurito puede ser válido para otras artes o especialidades.

De todos modos, el deseo de que no caiga en el olvido el gran relato protagonizado por los Curá, los ranqueles y otros pueblos originarios, es más fuerte que la duda; si así no fuera, los lectores/as hubiéramos perdido el goce de leer *La veranada del chachai Calfucurá*.

EL PODER DE LA FICCIÓN

El narrador habla en las primeras páginas del "*cuento que vamos a contar*", de "*reminiscencias presumibles*" y de "*fantasías tejidas sobre ese mundo abolido*".

Posiblemente ha llegado un momento en el proceso de escritura en el que tuvo que apartar -misión nada sencilla- los datos duros reunidos sobre el

¹ Entrevista a Marcos Zimmermann, *Página 12*, suplemento Radar, mayo de 2012, s/d.

protagonista y sobre los demás personajes para, sin traicionar aquéllos, dar rienda suelta al placer de la fantasía. Novelar. Contar, como si estuviera frente a un auditorio atento a su voz. Degustar la libertad de imaginar situaciones, caracteres, momentos. Construir rostros, estados de ánimo, decisiones. Y hacerlos creíbles. Ese placer se traslada a los lectores/as y la novela histórica se resuelve en su mejor expresión: el deleite estético y el plus de sumar, o refrescar, conocimientos acerca de nuestra marca identitaria.

Incluido en este registro ficcional (conservando la rigurosidad histórica) se sitúa el capítulo XIV dedicado a San Carlos, batalla que en 1872 libraron el ejército argentino y los indios de varios linajes comandados por Juan Calfucurá. Resulta novedoso el desplazamiento que elige el narrador para reflejar lo que fue –sigue siendo en nuestra historia– un gran relato, una batalla decisiva. La acción está contada desde la mirada conmovida y conmovedora de un “trompa”, es decir un corneta, que acompaña al ejército liderado por el chachai. Gabriel Sosa, chiquillo blanco cautivado por los indios, habitado completamente por la música, colonizado por la música, describe lo que sucede desde que el ejército salinero se pone en marcha hasta que es vencido por las fuerzas comandadas por Rivas, con la colaboración de otro mapuche, el cacique Coliqueo. La voz de Sosa se vuelve a cada tranco de los caballos más melodiosa, más grave, más paisana. El contraste entre ese registro poético y los embates brutales de una batalla feroz es, estéticamente, quizá uno de los puntos más altos de la novela.

EL AUTOR

Omar Lobos nació en Winifreda, provincia de La Pampa, en 1964. *La veranada del chachai Calfucurá* es su primera novela; ha escrito con anterioridad *Los mapuches*, publicado por Ediciones del Sol en la colección Senderos de los Pueblos Originarios de América.

Es licenciado en letras, título obtenido en la Universidad Nacional de Santa Rosa. Artículos suyos relacionados con la investigación histórica han sido publicados en diferentes diarios y revistas especializadas del país.

Reside en Buenos Aires, donde se desempeña como docente y traductor de ruso. Su traducción de *Crimen y Castigo* y de *Los hermanos Karamázov* de Fiódor Dostoievski, es la primera en Argentina directamente del ruso.